

Ecos y contrafirmas

Echoes and countersignatures

Carlos Contreras Guala¹

Universidad de Chile, Santiago, Chile

Universidad de Valparaíso, Valparaíso, Chile

 <https://orcid.org/0000-0001-7696-6504>

ccontrer@uchile.cl

Recibido: 16/05/2025

Aceptado: 24/07/2025

DOI: 10.5281/zenodo.16748707

RESUMEN

Primero, la deconstrucción derridiana tiene que ver con una especial acústica hospitalaria, tiene que ver con una obediencia obligada pero que, a su vez, es una amorosa desobediencia que se convierte en la primera llamada. Segundo, la deconstrucción es esa refrendación, esa contrafirma que, al sumarse a la firma primera, disloca la temporalidad lineal y soberana: esa temporalidad árquica regida por un principio y un mandato. Por último, el legado de la deconstrucción tiene que ver con una defensa de la filosofía que pasa por no restar en la filosofía, sino por poder insertar una llamada, un mensaje amoroso en esta obligada repetición institucional.

Palabras clave: Deconstrucción, soberanía, desobediencia ecoica, contrafirma.

ABSTRACT

First, Derridean deconstruction has to do with a special hospitable acoustic, it has to do with an obligatory obedience but which, at the same time, is a loving disobedience that becomes the first call. Second, deconstruction is that endorsement, that countersignature that, when added to the first signature, dislocates the linear and sovereign temporality: that archic temporality governed by a commencement and a commandment. Finally, the legacy of deconstruction has to do with a defense of philosophy that involves not subtracting from philosophy, but rather being able to insert a call, a loving message in this obligatory institutional repetition.

Keywords: Deconstruction, sovereignty, echoic disobedience, countersignature.

¹ Licenciado en Filosofía por la Universidad de Chile, Magíster en Filosofía por la Universidad de Valparaíso y Doctor en Filosofía por la Universidad de Chile y la Universidad París 8 Vincennes-Saint Denis. Es docente del Departamento de Filosofía de la Universidad de Chile y del Instituto de Filosofía de la Universidad de Valparaíso. Integrante del Laboratorio de Estudios e Investigaciones sobre las Lógicas Contemporáneas de la Filosofía de la Universidad de París 8.

Agradezco la posibilidad de poder hablar de Jacques Derrida, a propósito de Derrida, nuevamente, entre amigas y amigos.

Siempre me resultará desconcertante responder a una invitación a un encuentro público o, simplemente, responder a una invitación (por lo menos, esa es mi situación un tanto patológica, si ustedes quieren).

Sin embargo, en este caso, se trata de una invitación amistosa y provocadora a conversar. Lo poco que diré girará en torno a *tres motivos* que aparecen en el mismo texto de la convocatoria a este conversatorio. Una convocatoria y una invitación, repito, muy provocadora. Más aún si dicha invitación comienza con la palabra latina *veni* o, más bien, con la palabra *veni* repetida.

La palabra *veni* dos veces.

Palabra latina de Ovidio, de las *Metamorfosis* de Ovidio, esa gigantesca y maravillosa compilación de transformaciones del mundo greco-romano.

Palabra latina que alude a la enunciación de Narciso o de Eco, no lo sabemos a ciencia cierta. “Veni” puede ser un imperativo (en el sentido de decir: “ven”) o puede ser un indicativo (en el sentido de “he venido” o “vine”). No lo sabemos, pues *veni*, en la escena de Ovidio, es la enunciación de Narciso y la repetición de Eco.

Escena ovidiana notable, compuesta de castigos, trucos, astucias, enamoramientos, engaños, desengaños, repeticiones y respuestas. Recordemos (o, tal vez, repitamos) la escena de Ovidio: ambos, Eco y Narciso, son personajes marcados trágicamente por el destino. Según el legendario adivino Tiresias, Narciso podría llegar a tener una larga vida y una larga vejez, pero solo a condición de no conocerse a sí mismo. Por su parte, la ninfa Eco había sido castigada por la celosa diosa Juno a repetir las últimas sílabas de las palabras que oía pronunciar. Eco se enamora de Narciso y como no puede dirigirle la palabra, solo repite las últimas palabras o las últimas sílabas. Narciso la desdén y Eco languidece hasta

que su cuerpo se evapora. “Solamente le quedan la voz y los huesos: permanece la voz; cuentan que los huesos adoptaron la figura de una piedra” (Ovidio, 2016, pp. 295-296).

En el relato de Ovidio, la ninfa Eco es castigada por la diosa Juno por ser cómplice de los amoríos de Júpiter al retenerla, a ella, a la legítima esposa de Júpiter, en conversaciones haciendo gala, Eco, de su exquisita labia, mientras el esposo de Juno se solazaba con sus amantes. Eco es castigada por ello a nunca más poder iniciar una conversación, a nunca más poder comenzar un diálogo. Sólo podrá repetir lo que, primeramente, digan los otros. Eco se enamora perdidamente de Narciso quien era conocido por despreciar y rechazar a cualquier amante que se le acercase. La ninfa no puede hacer uso de su máximo recurso de seducción: la conversación. Sin embargo, se las arregla para poder comunicarse con Narciso repitiendo partes de las frases pronunciadas por éste.

Hasta ahí dejo la repetición de la historia de Eco y Narciso, pues, en nuestro caso, es la palabra de Ovidio, repetida por Derrida, la que nos interesa. Me refiero a que Derrida le otorga a *veni* cierta resonancia, al comienzo de su libro *Canallas*, que no dejará de maravillarnos.

Lo que propongo acá como el *primer motivo* es, entonces, muy simple y, a la vez, es una repetición de lo que ya dijo Derrida al comienzo de *Canallas*. Cito y, por consiguiente, repito sus palabras:

Eco puede haber fingido *repetir* una última sílaba de Narciso para proferir otra cosa, en verdad, para *firmar* en ese momento con su nombre, como para *retomar la iniciativa* de responder de una forma responsable, *desobedeciendo* la inyunción soberana y haciendo fracasar la tiranía de una diosa celosa. Eco da a entender entonces a quien quiera oírla, a quien pueda querer oírla, algo distinto de lo que parece proferir. Aunque repite, sin ningún simulacro, lo que acaba de oír, otro simulacro interviene entonces para sustraer su respuesta de la simple reiteración. Dice de manera inaugural, declara su amor, llama *por primera vez repitiendo* el “¡Ven!” de Narciso, convirtiéndose en el eco de una palabra narcisista. Desborda de amor, desborda con su amor las interpelaciones de Narciso de las cuales ella puede reproducir tan sólo la caída o el envío. (2005, p. 10)

Escena de repetición y de introducción de la novedad de la primera vez y de la alteridad. Para Derrida el eco de Eco, la ninfa, no es una mera repetición, sino que “al repetir las últimas palabras, las últimas sílabas más bien, para obedecer y al mismo tiempo para desobedecer la ley, es decir, para decir algo en su nombre jugando con la lengua, ella se las arregla para producir un acontecimiento totalmente imprevisible para Narciso. Y para la diosa prohibidora” (Derrida, 2004, p. 174). Eco produce un acontecimiento al repetir, Narciso, por su parte, parece producir acontecimiento con la repetición de su imagen.

A la filosofía y, más aún a la filosofía que es capturada, que es retenida y que se convierte en rehén no sólo de la institución universitaria, sino de las agencias de acreditación de la calidad, no le queda sino repetir, pero debemos no sólo estar atentos al asomarse de la alteridad en esa repetición sino también a la promoción y a la acogida de esa extrañeza. Oponer la astucia de la ninfa, la astucia de Eco, a la cerrazón enamorada y celosa de sí, al narcisismo institucional o institucionalizado.

De esta inserción de la novedad en la repetición, de este repetir lo mismo diciendo otra cosa, permítanme pasar al *segundo motivo* que quisiera presentarles hoy. Este gesto de iteración es, si no asimilable, por lo menos acercable, aproximable, al gesto de la *contrafirma*, de la inserción de la propia firma junto a la firma del otro. Doble firma para autenticar o *refrendar* la primera firma a través de una segunda firma. Esa refrendación es una reconducción, un llevar de nuevo, una recuperación de la soberanía. La contrafirma hace notar que la soberanía no es nada sin la segunda firma, que la firma primera no es la primera firma sin la segunda firma, es decir, sin la contrafirma. Y, también, que la contrafirma no es nada sin la primera firma. Es una situación de autorización mutua, de autorización no autónoma, sino dependiente. Por una parte, la autoridad esperando ser autorizada y, por otra parte, las autorizadas y los autorizados, autorizando a la autoridad. Se podría decir

que la idea misma de autoridad autónoma está perdida desde la partida, está desautorizada desde el principio. El comienzo, el origen, debe esperar que llegue su autoridad desde el porvenir y, a su vez, sólo el porvenir hace nacer la autoridad del origen. He ahí el enigma de la contrafirma o de la refrendación.

En este sentido, tal vez toda la filosofía no sea sino una contrafirma, una firma que refrenda o comienza con una contrafirma. Quizá podamos pensar a Anaximandro contrafirmando la *Teogonía* de Hesíodo quien, a su vez, contrafirma el *Enuma elish* babilónico.

Este enigmático círculo de autorizaciones y de refrendaciones se asemeja a la alternación y alternancia de la democracia, la rueda de la democracia de la que habla Derrida en *Canallas*. La refrendación es un referéndum, es decir, una acción de fabulosa autorización retroactiva.

Sin duda, la escritura de Derrida contiene o provee grandes momentos emancipadores y fabulosas escenas de deconstrucción, sin embargo, estos momentos y estas escenas pueden convertirse en momentos decisivos y en escenas magistrales. Un momento emancipador no deja de contener la posibilidad de que un perverso dominio lo habite o lo posea. Tal vez, podamos instalar ahí, en cierta pervertibilidad, el terreno de las y los especialistas. Y, he aquí, entonces, el *tercer motivo* que quisiera presentar: la especialización, las y los especialistas, las especialidades en filosofía.

¿Por qué en esta convocatoria se presenta un rechazo, un desmarque con relación a los especialistas? Un especialista se parece a esa figura francesa del “repetidor”, es decir, el catedrático autorizado para enseñar, luego de un concurso, en una Facultad universitaria en Francia, en particular en la *Escuela Normal Superior*. Volviendo al primer motivo, se trata entonces de un especialista capaz de una repetición obediente al mandato soberano. Cito y repito a Derrida al respecto:

Repetidor, el *agrége-répétiteur* no debería producir nada, al menos si producir quiere decir innovar, transformar, hacer advenir lo nuevo. Está destinado a repetir y hacer repetir, reproducir y hacer reproducir: formas, normas y un contenido. Debe asistir a los alumnos en la lectura y la comprensión de los textos, ayudarlos en la interpretación y en la comprensión de lo que de ellos se espera, en lo que deben responder en las diversas etapas del control y de la selección, desde el punto de vista de los contenidos o de la organización lógico-retórica de sus ejercicios (explicaciones de texto, disertaciones o lecciones). Por lo tanto, debe convertirse ante los estudiantes en el representante de un sistema de reproducción [...], o más bien en el experto que, pasando por conocer mejor la demanda a la cual tuvo que plegarse primero, la explica, la traduce, la repite y la re-presenta, pues, para los jóvenes aspirantes. Esta demanda es forzosamente la que domina en el sistema [...], representado por el poder relativamente autónomo del cuerpo docente, que delega a su vez sus jurados de concurso o de tesis, sus comisiones o sus comités consultivos. (1990, pp. 122-123)

Hasta ahí la cita.

Se parece muchísimo a lo que se supone debemos hacer en la Universidad. Entonces, este desmarque de los especialistas, ¿no será acaso una denegación? ¿Hay que desmarcarse del especialismo? ¿o quizá haya que asumirlo? ¿o quizá haya que redefinirlo para que no sea el mero eco de la voz soberana y primera?

Dejo hasta acá la presentación de estos tres motivos para dar lugar y tiempo al conversatorio. (Repito: primer motivo, eco y repetición; segundo motivo, firma, contrafirma y refrendación; y, tercer motivo, la demarcación de los especialismos en filosofía). Dejo hasta acá los motivos, entonces, e inicio algunos esbozos de cierre.

Primero, la deconstrucción derridiana tiene que ver con esa especial acústica hospitalaria a la que se alude en la convocatoria, tiene que ver con esa obediencia obligada pero que, a su vez, es esa amorosa desobediencia que se convierte en la primera llamada. Segundo, la deconstrucción es esa refrendación, esa contrafirma que, al sumarse a la firma primera, disloca la temporalidad lineal y soberana: esa temporalidad árcuica regida por un principio y un mandato. Por último, el legado de la deconstrucción tiene que ver con una defensa de la filosofía

que pasa por *no restar* en la filosofía, sino por poder insertar una llamada, un mensaje amoroso en esta obligada repetición institucional.

Podríamos haber llamado a esta breve intervención *cómo no restar en la filosofía*. En el doble sentido que ya hemos destacado: por una parte, cómo no permanecer en la filosofía, cómo no seguir estando en la filosofía, cómo no intentar mantenerse en sus filas cuando ella es tan frágil, cuando ella es constantemente agredida, cuando ella es el objeto de contumaces ataques de parte del conservadurismo soberano. Pero, por otra parte, cómo *no restar* en filosofía en el sentido de cómo *no proceder* a recortar, a mutilar, incluso a mutilarse, es decir, cómo dejar de ser un mero repetidor o sólo un especialista que se resta a sí mismo. Ese es el desafío: cómo no restar en filosofía, cómo no permanecer en la filosofía, y cómo no mutilar a la filosofía. He ahí el desafío, he ahí la consigna.

La deconstrucción, igualmente, es el encuentro amoroso del *como si* y del *cómo no*. Desobedecer *como si* se obedeciera, por una parte, en el sentido ecoico, en el sentido en que lo practica Eco. Y, por otra parte, el *cómo no* que aúna la decisión convencida: *cómo no vamos a permanecer* en la filosofía, aunado al *cómo no restar* en la filosofía, *cómo no ser parte* del desmantelamiento de la filosofía que pretende convertirla en una mera máquina de repeticiones.

Cómo no restar en la filosofía: Otra manera de decir gracias al legado derridiano. Muchísimas gracias por la invitación.

Referencias

- Derrida, J. (1990). *Du droit à la philosophie*. Paris: Galilée.
- Derrida, J. y Nancy, J-L. (2004). Responsabilité – du sens à venir. En: Francis Guibal y Jean-Clet Martin (dirs.), *Sens en tous sens. Autour des travaux de Jean-Luc Nancy* (pp. 165-200). Paris: Galilée.
- Derrida, J. (2005). *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*. Madrid: Trotta.
- Ovidio (2016). *Las metamorfosis* (16ª edición). Madrid: Cátedra.